11318

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA TEMPESTAD
DE VERANO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JULIO NOMBELA

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1877.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1877

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. q correspon
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El mejor juez, la conciencia	1	D. L. Parejo y Reina...	Todo.
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan..	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia..	1	Leopoldo Parejo....	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro.....	»
Breton	1	Emilio Ferrari.....	»
Cazar con liga	1	Eduardo Inza.....	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
La justicia de Dios	1	D. L. Parejo y Reina...	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel.....	»
La primera noche	1	Mariano Chacel.....	»
María	1	José María Nogués..	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina...	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari.....	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo....	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo....	»
Una bolsa de aceite	1	Pedro María Barrera.	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela.....	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle.	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés..	»
Para tal culpa tal pena	2	José Echegaray.....	»
El corazon de una madre	3	José Luis Clot.....	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses	3	R. G. Santisteban...	»
Haz bien	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido.....	»
Lo que no puede decirse	3	José Echegaray.....	»
Los truhanes de levita	3	José Luis Clot.....	»
Realistas y Puritanos	3	José Luis Clot.....	»

UNA TEMPESTAD DE VERANO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JULIO NOMBELA.

Representada por primera vez en el Teatro de VARIEDADES el dia 8 de Octubre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARQUESA.....	Sra. D.ª Mercedes García.
DOÑA EMERENCIANA.....	Sra. D.ª Felipa Artigues.
MARQUÉS.....	Sr. D. José Vallés.
BARON.....	Sr. D. Federico Tamayo.
MARTIN.....	Sr. D. Salvador Lastra.
UN LACAYO.....	Sr. D. N. Mayolli.

Época actual.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete adornado con gusto y elegancia.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, MARQUÉS.

El Marqués de pie cerca de la chimenea está tomando café. La Marquesa, sentada en una butaca próxima á un velador en donde se halla el servicio de café, echa azúcar en su taza.

MARQUES. Te digo que el café es insoportable.

MARQ. Aprension.

MARQUES. Carece de ese aroma...

MARQ. Pues! De ese aroma que le presta la murmuracion con los amigos en un gabinete del Casino, de la Gran Peña, ó de...

MARQUES. Que no es moka legítimo, vamos! Yo estoy acostumbrado á tomar buen café. Sin ir más lejos, este verano, durante la temporada en que estuvimos separados, tomé un café...

MARQ. Por lo visto, mi influencia es fatal para el café.

MARQUES. ¿Por qué lo dices?

MARQ. Cuando lo tomas lejos de mí es delicioso, conmigo...

672213

MARQUES. Vaya! vaya, empiezas á desbarrar.

MARQ. El tiempo no pasa en balde, Enrique. ¿Hay algo más monótono que una esposa á la que se ve todos los dias, á la que se ama todos los dias, cuando se la ama?

MARQUES. Si sigues así emigro. Ya sabes que no soy fuerte en oratoria y que soy muy galante con las damas para negarles la razon aun cuando no la tengan.

MARQ. Demasiado galante.

MARQUES. Parece que lo dices con retintin.

MARQ. Ese retintin es quizá el eco de tu conciencia.

MARQUES. Decididamente quieres hacerme víctima del mal humor que te ha causado la necesidad en que te has visto de despedir á tu doncella. Era tan buena... tan servicial... tan... já, já, já! Bien ha lucido tus trajes en los jardines del Retiro.

MARQ. No me hables de ella si no quieres que me ponga furiosa.

MARQUES. Já, já, já!

MARQ. Pues tú que ries puedes hablar. Ya verás, ya verás por dónde se descuelga el mejor dia tu ayuda de cámara, el fénix de los domésticos.

MARQUES. Martin es incapaz... Le tengo muy probado.

MARQ. Y sin embargo, la doncella ha dicho...

MARQUES. Le ha calumniado por envidia.

MARQ. Por envidia de su virtud?

MARQUES. Tal vez.

MARQ. No harías nada de más con informarte.

MARQUES. Estoy seguro de su honradez. Y si no ya verás. (Llama.) ¡Martin! ¡Martin!

ESCENA II.

DICHOS, MARTIN, vestido como para salir.

MARQ. ¿Qué haces?

MARQUES. Llamarle. Ven acá.

MARTIN. ¿Qué manda el señorito?

MARQUES. ¿Cómo es eso? ¿Vas á salir?

MARTIN. Aprovechando la licencia que me ha concedido el señor para que pueda acudir á las clases nocturnas de enseñanza, me iba á la clase de moral.

MARQUES. (Á la Marquesa.) ¿Lo estás viendo? Se va á la clase de moral.

MARQ. ¿Y á la clase de baile, no vas tambien?

MARTIN. ¡Ay! no señora; ¡líbreme Dios! Yo necesito ganar el tiempo, no perderlo.

MARQ. Pues la doncella dijo...

MARTIN. Ya lo creo que diría. ¡Ay! señorita, qué bien hizo usted en despedirla. Siempre andaba detrás de mí, con perdon de vuecencia. Un dia me pidió una onza prestada, no la tenía porque... el señorito lo sabe, todo lo que yo gano lo envio á mis pobres padres, y de resultas de esto...

MARQUES. Bien, basta. Ya sé que eres un mozo de provecho.

MARTIN. Y muy agradecido. Conque si los señores no mandan nada...

MARQUES. Sí, trae el sombrero y el abrigo; despues puedes marcharte á estudiar moral. (Váse Martin.)

ESCENA III.

MARQUESA, MARQUÉS.

MARQUES. ¿Te has convencido?

MARQ. Fíate, fíate.

MARQUES. ¡Oh! estoy tranquilo. Conque si no dispones otra cosa...

MARQ. ¿Vas tambien á la clase de moral?

MARQUES. No, maliciosa, voy un momento á la Gran Peña á ver á mis antiguos camaradas; luégo iré al Español. Supongo que tú irás al baile de la duquesa... Me han asegurado que será magnífico. Ya ves, de torna boda. Su hija quiere lucir á su marido. Ella tan fea y él... tan... tan... Si te decides, vendré á vestirme y te acompañaré.

MARQ. Muchas gracias, es usted muy amable, muy... (Se levanta con precipitacion y deja caer una taza.)

MARQUES. ¿Qué es eso? ¿Estás nerviosa?

MARQ. (Paseándose.) Sí, estoy...

MARQUES. ¡Calle! Es una de las tazas del juego que te regalé el primer aniversario de nuestra boda.

MARQ. Al segundo se ha roto. Nada más natural; pero no te apures, cuando se acabe de romper el juego, lo repondré con otro.

MARQUES. Eso parece una amenaza.

MARQ. Tal vez. Pero si yo amenazo, hay quien sin amenazar pega, hiere, y...

MARQUES. ¡Adios! ¿Se repite el acceso?

MARQ. No señor, puede usted irse tranquilo al Casino, y luégo al teatro, y luégo á donde le parezca, y luégo retirarse á las dos ó á las tres, ó no retirarse, es decir, continuar en activo servicio.

MARQUES. Elena... Elena... que desbarras.

MARQ. Es usted muy dueño de hacer su santa voluntad; para eso es hombre y con sus puntas de político, aunque conservador. ¡Vaya, y muy conservador! Fuera de casa guerra á los derechos individuales, pero dentro es otra cosa. Libertad, libertad completa para entrar y salir, para vivir más con los amigos y con las *amigas* que con su mujer. ¡Oh! quisiera ser hombre para ir á un club, para gritar...

MARQUES. El parlamentarismo ha logrado infiltrarse hasta en la familia. Prosigue, prosigue ese discurso, que me divierte.

MARQ. ¿Sí, eh?

MARQUES. Estás encantadora, darías envidia á Castelar.

MARQ. Échalo todo á broma... ¡Ah! los hombres sabeis mucho, pero tambien nosotras empezamos á saber...

MARQUES. Ya lo creo... no en balde se creó el Ateneo de señoras. ¿Fuiste socia?

MARQ. Lo que he sido, lo que soy, es la mujer más desgraciada del mundo.

MARQUES. ¡Cómo! ¿Te formalizas? Pues no tienes razon. ¿Hay algo de particular en que vaya á charlar un rato con los amigos?

MARQ. Mucho te interesa lo que te dicen, cuando no faltas una

sola noche. En cuanto dan las nueve parece que te pinchan. ¿Y lo que es yo contar contigo? ¿Cuándo? Imposible. Primero es el Casino y la Gran Peña... ¡la Gran Peña! Mira, odio á esa peña y daría no sé qué porque aplastase un dia á todos los maridos que dejan solas á sus mujeres. Conque anda, vete... vete... yo velaré, yo sabré si es verdad que vas á la Gran Peña... yo buscaré tambien alguna distraccion, alguna...

MARTIN. (Anunciando desde la puerta del foro.) El señor Baron del Monte. (Deja pasar al Baron, da al Marqués el sombrero y el baston y se retira.)

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON.

BARON. Yo, yo en persona, amigos mios; que he llegado esta mañana en el expres, y apenas he descansado y he comido, dedico á ustedes mi primera visita, es decir, á tí no, á la amable Marquesa.

MARQ. Gracias, Baron, mil gracias, es usted muy galante. Se conoce que aún es usted soltero.

BARON. Esa opinion...

MARQUES. Tranquilízate, no es de mi esposa, es de sus nervios.

BARON. El café sin duda... veo que acaban ustedes de tomarlo.

MARQUES. No es el café, es una enfermedad crónica. Figúrate que al llegar tú me estaba echando una peluca en toda regla, ¿y por qué? Porque voy á la Gran Peña, al Casino, al teatro... porque algunas noches me retiro tarde. Dile tú lo que hacemos por ahí.

BARON. Ya sabes que no voy á esos círculos.

MARQUES. Porque has estado fuera.

BARON. No: vengo decidido á hacer la guerra á todas las asociaciones de hombres solos. ¿Hay algo más árido que un círculo cualquiera en donde falta la mujer, la más bella mitad del género humano?

MARQUES. ¡Hipocriton!

BARON. Te hablo con toda el alma. (Ap.) (Tengo ahora una mu-

chacha... una rubia...)

MARQ. ¿Quieren ustedes hablar solos? Los dejaré.

BARON. Al contrario. ¿Sabe usted lo que decía á Enrique? Pues le decía, que hace muy mal en no dar gusto á usted quedándose á su lado.

MARQUES. Por esta noche es imposible. He dado mi palabra, despues vendré. Ahora te dejo en buena compañía.

BARON. Yo me iré pronto... pienso asistir al baile; pero si la Marquesa me permite que la acompañe un rato...

MARQUES. No lo ha de permitir, con mucho gusto. Vaya, adios. (Á la Marquesa.) ¿Conque somos amigos? Que te pongas muy guapa. Hasta luégo. (Váse por el fondo.)

ESCENA V.

MARQUESA, BARON.

MARQ. (Ap.) (¡Ah! no me ama ya. Tal vez va en busca de otra mujer! ¡Esta idea me horroriza!)

BARON. Conque, ¿qué tal, Marquesa, la expedicion de este verano? Se habrá usted divertido mucho.

MARQ. Muchísimo.

BARON. Biarritz?...

MARQ. Como siempre.

BARON. ¡Si viera usted cuánto he sentido no poder ir á Biarritz, estando usted allí!

MARQ. Ya sé que es usted uno de los mejores amigos de mi esposo, y que por él...

BARON. Sí, eso es; por él hubiera ido.

MARQ. Pues se habría usted llevado un solemnísimo chasco.

BARON. ¿De veras?

MARQ. He estado sola.

BARON. ¡Sola!...

MARQ. Mi señor marido, que es reaccionario, como dicen ahora, odia la libertad agena; pero la propia no la perdona por nada del mundo. Así es que ha visitado la costa Cantábrica...

BARON. ¿Es posible?

MARQ. Posible y natural. ¿Qué habría hecho en Biarritz á mi lado?

BARON. ¡Ha sido un insensato!

MARQ. Ha sido... un marido!

BARON. Un marido que no merece el tesoro que tiene.

MARQ. Gracias.

BARON. ¡Oh! yo en su caso no me separaría nunca de usted, me desviviría por proporcionarle emociones dulcísimas.

MARQ. ¡Pues! Y me traería usted libros nuevos, y me ayudaría usted á devanar las madejas de seda para bordar.

BARON. Precisamente.

MARQ. Todo eso y mucho más hacía Enrique cuando éramos novios, pero despues... ¡ah! ese despues es la Gran Peña, el Casino, los amigos y alguno que otro regalito, para cumplir, en los dias en que repican recio.

BARON. Lástima grande que el matrimonio sea un lazo indisoluble.

MARQ. ¿Es usted demagogo?

BARON. No señora, pero soy observador. ¿Me permite usted una hipótesis atrevida para explicar mi idea?

MARQ. Si no es más que una hipótesis...

BARON. Pues bien: figúrese usted que una mujer se halla completamente convencida de que su marido no sabe apreciar en lo que valen las bellas prendas que la adornan! ¿qué recurso le queda en ese caso?

MARQ. Resignarse.

BARON. Perfectamente, pero si las leyes de la sociedad fueran más lógicas, en vez de esa resignacion penosa, á que usted quiere sujetarse, podría usted romper un lazo que la ahoga...

MARQ. Yo no digo...

BARON. Estoy aún dentro de la hipótesis... un lazo que la ahoga, y buscar con la experiencia adquirida otra alma capaz de comprender lo que usted vale.

MARQ. Lo que usted pinta no es un marido, es un pretendiente.

BARON. Bien, un marido... pretendiente.

MARQ. Á quien habría que dar la credencial primero y a pues un ascenso.

BARON. Justo, pero...

MARQ. ¡Ay! amigo, el ascenso en el matrimonio es lo que hace mi marido, aburrirse en la oficina.

BARON. Pues yo aseguro á usted que si tuviera la dicha de poseer una mujer como usted...

MARQ. ¡Baron!

BARON. Estoy aún dentro de la figura retórica y sin pasar sus límites; déjeme usted, Marquesa, que le diga que el amor de una mujer como usted, es... digo, debe ser la suprema felicidad. ¿Cree usted que es perdonable el abandono en que la ha tenido á usted Enrique?

MARQ. Necesitaba conspirar.

BARON. ¿Y usted ha creido?...

MARQ. Los hombres políticos...

BARON. Conspiran, sí, pero no siempre contra el gobierno.

MARQ. Baron, tengo confianza en mi marido.

BARON. Hace usted bien, pero hay motivos de sobra para sospechar...

MARQ. Toma usted con demasiado calor la defensa de mi causa, y para no afligir á usted, le diré que estoy tranquila, perfectamente tranquila.

BARON. Lo celebro infinito. Hablemos de otra cosa.

MARQ. Eso es, hablemos de otra cosa.

BARON. ¿Conserva usted aún aquella doncella?

MARQ. ¿Aquella jóven á quien segun usted miraba mi marido con buenos ojos?

BARON. Era preciosa... por supuesto, en su clase.

MARQ. ¡Buena alhaja! Ya sabe usted que se quedó con Martin cuidando la casa.

BARON. Sí.

MARQ. Pues amigo mio, al regresar sin avisarles para sorprenderlos, encontramos la casa abandonada. Martin, que es muy aplicado, segun mi marido, estaba en una escuela gratuita aprendiendo economía, y la doncella había ido á la chocolatería del Retiro con uno de mis mejores

trajes.

BARON. Já, já, já!

MARQ. Con la circunstancia agravante, de que para adquirir aquella prenda, había tenido que forzar la cerradura de un ropero.

BARON. La despediría usted.

MARQ. En el acto. Martin quedó porque es un gran hipócrita y tiene engañado á Enrique.

BARON. Pondera sus servicios.

MARQ. Le ha embaucado por completo. Ya se ve, todas las noches se va á estudiar moral: con decirle á usted que no he podido conseguir que le despida.

BARON. Y aún defiende usted á un hombre, que prefiere un ayuda de cámara á su...

ESCENA VI.

DICHOS, el LACAYO.

LAC. Señora... ha venido una anciana que desea hablar con el señor Marqués.

MARQ. Ya le habrá usted dicho que no está en casa.

LAC. Sí señora, pero ha manifestado que necesita hablar con vuecencia.

MARQ. ¿Le ha dado á usted su tarjeta?

LAC. No señora.

MARQ. ¿Ha dicho su nombre?

LAC. Tampoco.

MARQ. En ese caso, ¿por qué nos interrumpe usted?

LAC. Ha indicado que desea hacer á vuecencia una revelacion importantísima.

MARQ. Bien está; que espere en la antesala. Dígale usted que en este instante estoy muy ocupada. (Se retira el Lacayo.)

ESCENA VII.

MARQUESA, BARON.

MARQ. Perdone usted, Baron.

BARON. Al contrario, señora. Estoy á usted muy agradecido por haber dado la preferencia á mi visita sobre una revelacion que tiene todo el aspecto del primer capítulo de una novela.

MARQ. Estoy ya tan acostumbrada á esas escenas en las que todo se resuelve con un doblon ó un billete de Banco.

BARON. No siempre tienen ese desenlace.

MARQ. Generalmente sí.

BARON. ¿Conque su esposo de usted ha estado un mes ausente de Biarritz?

MARQ. Es usted malicioso si los hay.

BARON. ¡Yo, Marquesa!

MARQ. Luégo dicen ustedes que las mujeres somos intencionadas.

BARON. ¿Quién sabe si esa revelacion?...

MARQ. Para que vea usted que se equivoca en sus apreciaciones, va usted á ser testigo de la escena.

BARON. ¡Oh! Marquesa.

MARQ. Se lo suplico á usted. (Tira del cordon de la campanilla.)

BARON. En ese caso... (Se presenta el Lacayo en la puerta del foro.)

MARQ. (Al Lacayo.) Que pase esa señora. (El Lacayo se retira.)

BARON. No sé por qué presumo...

MARQ. ¿Qué, se trata de algun pecadillo de mi marido?

BARON. Tal vez.

MARQ. Si así fuera...

BARON. Qué?...

MARQ. Mi venganza sería horrible!

BARON. Yo la ayudaría á usted.

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA EMERENCIANA.

EMER. Con licencia de ustedes!

BARON. Gran tipo!

MARQ. (Ap.) (Quién será esta señora?)

BARON. (Á la Marquesa.) (Tiene todo el aspecto de una madre Celestina.)

EMER. Cuál de ustedes es la Marquesa?

BARON. No creo que haya duda.

EMER. Es verdad, pero la ira me ciega.

BARON. (Por fuerza se ha escapado de una jaula de la casa de fieras.)

EMER. Estoy desfallecida... Á mí me va á dar algo. (Se sienta.) Perdone usted... (Se levanta de pronto.) Pero no, no me siento, tendré fuerzas... tendré...

MARQ. Acabemos, señora, qué es lo que usted desea?

EMER. (Sacando del pecho una tarjeta.) ¿Conoce usted esta tarjeta?

MARQ. Es de mi marido.

EMER. (Sacando del pecho un pañuelo.) ¿Conoce usted este pañuelo?

MARQ. Tiene las iniciales de mi esposo y una corona... Es suyo... Pero ¿qué significa?...

EMER. (Sacando del pecho una petaca.) ¿Conoce usted esta petaca?

MARQ. Sí por cierto, es un regalo que hice á mi esposo el dia de sus cumpleaños; pero sírvase usted aclarar el enigma.

EMER. El enigma es, señora, que su esposo de usted es un mal caballero.

BARON. (Soberbio! Esto promete!)

MARQ. Cómo se entiende, señora!

EMER. No me retracto, es un mal caballero.

BARON. (Á la Marquesa.) Ve usted lo que yo decía...

MARQ. Poco á poco, no puedo permitir...

EMER. Me explicaré, vaya si me explicaré, y estoy segura de que cuando usted sepa todo lo que ha pasado, será usted de mi opinion.

MARQ. Hable usted.

EMER. En primer lugar diré á usted que yo ignoraba que fuese casado; pero al preguntar por él me contestó el Lacayo que sólo estaba la señora, y quise ver á usted para poder decirle lo que la he dicho. Necesitaba desahogarme, porque si usted supiera la iniquidad que ha cometido con nosotras! Clama al cielo, señora... Usted será de mi opinion.

MARQ. Pero explíquese usted.

EMER. Ay! no sé si tendré fuerzas bastantes... Es una picardía lo que ha hecho con nosotras.

MARQ. ¿El Marqués?

EMER. Sí señora, el Marqués.

BARON. (Ap.) (Esto es sublime!)

MARQ. Hable usted, mujer de Dios, hable usted.

EMER. Pues como iba diciendo, á mediados de Agosto salimos una noche mi hija y yo, mi Paulina, que es una bendita y bastante agraciada, mejorando lo presente.

MARQ. Prosiga usted. Á mediados de Agosto...

EMER. Salimos como digo á tomar el fresco y nos sentamos en uno de los bancos de los jardines de Recoletos. Yo no llevaba dinero suelto, y luégo que los bancos son muy cómodos.

MARQ. Bien, ¿pero qué pasó?

BARON. Calma, Marquesa.

EMER. Pasó que mi hija tuvo sed, y como yo no llevaba suelto, la oyó un caballero que estaba sentado en una silla cerca de nosotras y se empeñó en que Paulinita tomase un vaso de agua con azucarillo.

MARQ. ¿Y despues del agua?

EMER. Entró en conversacion con nosotras y dijo á mi hija que era muy guapa.

BARON. Con lo cual se ruborizó la jóven?...

EMER. Sí señor.

MARQ. Y el caballero pediría á usted permiso para acompañarlas, ¿no es eso?

EMER. Justamente, y nos pareció una persona muy fina.

MARQ. (Desgarrando con rabia el pañuelo.) Demasiado fina tal vez.

BARON. (Ap. á la Marquesa.) (Por Dios, Marquesa, que se descubre usted.

MARQ. Acabemos de una vez, señora.

EMER. El caballero nos entregó al despedirse esta tarjeta. Al dia siguiente fué á visitarnos, y como tenía inclinacion á la niña y le creíamos soltero, la niña despidió á un novio que le había salido dos meses ántes, un jóven

que estudiaba para maestro de escuela, y que al ver el triste porvenir de su carrera se hizo político y ahora está á punto de ser gobernador.

BARON. ¿Sabrá leer y escribir?

EMER. Vaya, y contar; pero volvamos al Marqués, al otro dia se declaró á la chica y ella...

MARQ. ¿Soñó casarse con él?

EMER. Nada tenía de extraordinario, otras con ménos... No crea usted que aunque pobres descendemos de pelagatos. Mi padre, que esté en gloria, estuvo en las Reales caballerizas.

BARON. Lo creo.

EMER. Y el padre de mi hija fué nada ménos que meritorio en la Direccion del Culto y Clero, y si no hubiera muerto de un sofocon que le dió el jefe por haber puesto en un oficio asno con h. Pero, en fin, como digo... á los diez dias el tal señor Marqués, que entraba ya en mi casa con confianza, regaló á mi hija ese pañuelo con sus iniciales y su corona. Á los quince dias...

MARQ. Basta, señora.

EMER. Á los veinte se dejó olvidada la petaca, y á los veinticinco... desapareció.

BARON. Para ir á Biarritz á buscarla á usted.

MARQ. Oh! esto es horrible!

EMER. ¡Usted no sabe hasta qué punto es horrible!

MARQ. Todo me lo figuro. (Se pasea de un lado á otro encolerizada.)

BARON. Calma, Marquesa.

EMER. Sí, pero...

MARQ. Usted y su hija han sido engañadas y esto no puede quedar así.

EMER. No señora, no puede.

MARQ. Yo las vengaré á ustedes.

EMER. Sí, eso... eso.

MARQ. Vaya usted inmediatamente á buscar á su hija.

EMER. Á mi hija?

MARQ. Tráigala usted en seguida.

EMER. Pero...

MARQ. Tráigala usted.

EMER. Voy... voy... pero crea usted que es una lástima que el Marqués esté casado. Yo venía resuelta á obligarle á cumplir su palabra, á...

MARQ. No pierda usted un instante.

EMER. Voy... voy... vivo muy cerca. Ah! caballero, á los piés de usted: señora... (Hace una reverencia exagerada y se va por el fondo.)

ESCENA IX.

MARQUESA, BARON.

MARQ. ¡Qué iniquidad! ¡qué iniquidad!

BARON. Por Dios, Marquesa.

MARQ. No lo hubiera creido... fíese usted de los conservadores, de los hombres de órden... de los...

BARON. Ya ha visto usted que yo he querido prepararla... Conozco á Enrique...

MARQ. Y no le coge á usted de nuevas?

BARON. Oh! no!

MARQ. Ahora me explico sus ausencias nocturnas, su interés por su ayuda de cámara, que es sin duda su cómplice...

BARON. Represalias, Marquesa, represalias... Quizá en este instante en el que usted sufre y se desespera bajo la influencia del pesar que le causa verse postergada á unas cuantas mujeres vulgares, él quema incienso en aras de alguna suripanta, de alguna modistilla.

MARQ. Cree usted?

BARON. Estoy seguro...

MARQ. Si no ha asistido á esa cita con sus amigos, me ha engañado.

BARON. Como en el mes de Agosto.

MARQ. Y al ocultarme el objeto de su salida esta noche, debo pensar?...

BARON. Lo peor, Marquesa, lo peor.

MARQ. Ah! la ira me ahoga...

BARON. Cálmese usted... Voy á buscarle, y si está cometie ndo

una nueva infidelidad, yo le traeré á usted pruebas.

MARQ. Eso! Eso!

BARON. Es necesario desenmascararle.

MARQ. Y confundirle.

BARON. Vuelvo en seguida para acompañar á usted al baile; porque debe usted ir al baile y bailar, y demostrar á Enri que que no le necesita usted para nada.

MARQ. Para nada...

BARON. Ah! Marquesa... Marquesa... me concederá usted el primer wals?

MARQ. Sin duda.

BARON. Pues bien, entónces, cuando al compás de la vertiginosa música pueda yo sentir cerca, muy cerca los latidos del corazon de usted, le revelaré un secreto del que depende mi felicidad.

MARQ. Vaya usted pronto.

BARON. Adios... (Ya es mia!) ah! permítame usted que estreche su mano, no como un ámigo. (La estrecha con efusiou.)

MARQ. (Reconviniéndole con dignidad.) Baron!...

BARON. Como un hermano... Vuelvo en seguida. (Ah! qué gran cosa son los casinos!) Adios, adios. (Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA X.

MARQUESA, despues LACAYO.

MARQ. Ultrajada... vendida por mi esposo! Mañana... hoy mismo le probaré su iniquidad y le odiaré, sí, le odiaré con mis cinco sentidos: Ah! y será capaz de venir á buscarme para ir al baile?... al baile! ¡qué borrible sarcasmo! Es necesario que encuentre aquí á sus víctimas. (Tira del llamador.) Tomás!... Tomás... (Se presenta el Lacayo.)

LAC. Señora...

MARQ. Está Martin en casa?

LAC. No señora: aún no ha venido del colegio.

MARQ. Taimado.—Dentro de poco volverá la señora que acaba de marcharse. ¿La conocerá usted?

LAC. No se me despintará.

MARQ. Si viene ántes mi esposo, sin avisarme la llegada de esas señoras, haga usted que entren por el corredor en ese gabinete. (Señala la puerta de la derecha.)

LAC. Está bien.

MARQ. Y ya lo sabe usted, no estamos para nadie.

LAC. Lo haré presente. (Se oye el sonido de un timbre.)

MARQ. Han llamado?

LAC. Paréceme que es el señor.

MARQ. Vaya usted á abrir, y no se mueva usted de la puerta. No olvide usted mis instrucciones.

LAC. Bien, señora. (Qué lio será este?) (Váse por el foro, y vuelve á entrar.) Es el señor Marqués.

MARQ. Él! Oh! me alegro... ya veremos, señor marido, ya veremos! (Entra el Marqués, el Lacayo le hace una reverencia y se retira.)

ESCENA XI.

MARQUESA, MARQUÉS.

MARQUES. (Que entra tarareando la romanza de *Rigoletto: La donna é movile.)* Cómo es eso Elena... ¿no te has vestido aún?

MARQ. No señor.

MARQUES. No señor!... Qué lenguaje es ese? Estás enfadada? Pues no creo haber tardado.

MARQ. Es usted dueño de hacer lo que guste.

MARQUES. Continúa el nublado?

MARQ. Nublado y tempestad.

MARQUES. Por fortuna tengo un paraguas eficacísimo... Tu amor, esposa mia.

MARQ. Caballero, yo no soy su esposa de usted.

MARQUES. De cuándo acá?

MARQ. (Mostrándole la tarjeta.) ¿Conoce usted esta tarjeta?

MARQUES. Es mia.

MARQ. (Mostrándole el pañuelo,) ¿Conoce usted este pañuelo?

MARQUES. Es mio.

MARQ. (Mostrándole la petaca.) ¿Conoce usted esta petaca?

MARQUES. La que me regalaste el dia de mis cumpleaños. Por cierto que se me había perdido, y celebro en el alma que vuelva á mi poder.

MARQ. Conque se le había perdido á usted?

MARQUES. Sí, mujer, pero ¿quieres decirme qué significa esto?

MARQ. Significa, que es usted un mal caballero.

MARQUES. Yo!

MARQ. Que cuando dice usted á su esposa que va á la costa del Cantábrico, se viene usted á Madrid.

MARQUES. Estás en tu juicio?

MARQ. Y frecuenta usted por las noches los jardines de Recoletos.

MARQUES. Yo!

MARQ. Usted, sí; y paga usted un vaso de agua y un azucarillo, ¿lo oye usted? un azucarillo á una jóven honrada.

MARQUES. Qué disparates!

MARQ. Y va usted á su casa, y le da usted su tarjeta, y le regala usted un pañuelo, y á los veinte dias se deja usted en su casa la petaca.

MARQUES. Hablas de veras!

MARQ. Es usted un seductor... un mal marido... un... Y yo que tenía en usted toda mi confianza, yo que incurría en el mal gusto de amar á usted. Mañana mismo me acompañará usted al lado de mis padres, y nos separarémos para siempre. (Se oye el sonido del timbre.) (Ah! ya están ahí!)

MARQUES. Pero mujer, no te acalores de ese modo: estás equivocada, yo no he salido de la costa.

MARQ. ¿De la costa? No en vano dicen que hay moros en la costa.

MARQUES. Sí, pero yo he estado en la de Cantábria.

MARQ. ¿Se atreve usted á negar su crímen despues de presentarle las pruebas?

MARQUES. ¡Pruebas! Una tarjeta y un pañuelo que han podido sustraerme, una petaca que he podido perder.

MARQ. Es inútil que trate usted de defenderse. Ya le conozco. Todas las noches, cuando me dice usted que va á bus-

car á sus amigos, corre usted en pos de locas aventuras. Es usted un monstruo, un hipócrita, un...

MARQUES. Já, já, já, ¡qué acento tan dramático!

MARQ. Se rie usted... ¡oh! eso es cinismo puro.

MARQUES. Si todas las pruebas de mis iniquidades son como las que acabas de exhibir...

MARQ. Aún me queda otra más fehaciente; esa sí que no tiene vuelta de hoja.

MARQUES. ¿Y en dónde está esa prueba?

MARQ. En ese gabinete. Salgan ustedes, señoras, salgan ustedes. (Se dirige á la puerta de la derecha general y sale Doña Emerenciana.)

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA EMERENCIANA.

MARQ. ¡Cómo! ¿Usted sola? ¿Y su hija?

EMER. ¡Ay! señora, no ha podido venir, le ha dado un patatús al saber la noticia; pero mañana, cuando cobre bastantes fuerzas para arañarle. (Ve de pronto al Marqués y hace una reverencia.) Caballero, á los piés de usted.

MARQUES. ¿Quién es ese fantasma?

MARQ. ¿Se hace usted el desentendido? Venga usted acá, señora, la doy á usted permiso para que le confunda.

EMER. ¿Á quién?

MARQ. Á mi marido.

EMER. Ese caballero no es su esposo de usted.

MARQUES. ¿Qué no soy?

MARQ. ¿Qué no es?...

EMER. No señora, este caballero no es el Marqués.

MARQ. ¿Será posible... conque tú... conque él?... ¿Pero está usted segura de lo que dice?

EMER. Segurísima. Le hemos tratado muy de cerca, sobre todo mi hija, y le aseguro á usted que este caballero no es el Marqués del Soto.

MARQ. ¿Lo estás viendo, mujer?

MARQUES. Pues entónces, ¿qué significa esto?

ESCENA XIII.

DICHOS, MARTIN.

MARTIN. (Entra precipitadamente.) Señor, señora, me han dado un premio de moral. (Viendo á Doña Emerenciana.) ¡Ah!

EMER. ¡Él es! ¡él es! ¡no hay duda!

MARQ. ¿Qué dice usted?

EMER. Digo, señora, que este hombre es su marido de usted.

MARTIN. (¡Me atrapó la maldita!)

MARQUES. ¡Cómo! ¡Se ha vuelto loca!

EMER. Este es el pícaron que ofreció el vaso de agua con azucarillo á mi Paulina; el que nos visitó y nos dió la tarjeta; el que regaló á mi hija el pañuelo; el que se dejó la petaca sobre el sofá; el que...

MARQ. Basta, señora, respete usted el sagrado de su hogar.

EMER. ¡Le comería á bocados! Abusar del candor, de la sencillez, de la... ¡un hombre casado, todo un Marqués!

MARQUES. Tranquilícese usted. Ni es marqués ni es casado; es mi ayuda de cámara.

EMER. ¿Cómo? ¿Un doméstico?

MARQUES. Sí señora, un truhan de siete suelas que me ha tenido engañado hasta ahora.

MARTIN. Señor... yo... No lo volveré á hacer.

MARQUES. Sal inmediatamente de mi casa ó te derrengo á palos.

MARTIN. No daré tiempo á ello. Esa maldita bruja es la causa de todo. Pásenlo ustedes bien. (Váse por el foro.)

EMER. ¡Bruja! ¡Pues no me llama bruja el muy taimado! Pero no se me escapará, voy trás de él, y ó se casa con la chica ó le devoro. (Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

MARQUESA, MARQUÉS

MARQUES. ¿Te has convencido de mi inocencia?

MARQ. Sí, bien mio, ¿me perdonas?

MARQUES. No debía, pero no soy rencoroso, te perdono con toda el alma.

ESCENA XV.

DICHOS, LACAYO.

LAC. El señor Baron.

MARQ. ¡Qué fastidio! Dile que no estamos en casa.

MARQUES. Al contrario.

MARQ. Has de saber que él ha contribuido á aumentar mis sospechas.

MARQUES. Sí, eh? (Al Lacayo.) Que pase. (El Lacayo se retira.)

MARQ. ¿Qué vas á hacer?

MARQUES. Ya lo verás.

ESCENA XVI.

MARQUESA, MARQUÉS, BARON.

BARON. (Los dos!... Malo!) Marquesa... Enrique!... Al verte aquí no me extraña no haberte hallado ni en la Gran Peña ni en el Casino. Por cierto que he preguntado á los amigos y me han asegurado que no te han visto.

MARQUES. En efecto, no me han visto.

BARON. ¿Como dijiste que tenías cita?

MARQUES. Sí, hombre, pero era una cita amorosa. ¿Te asustas porque hablo así delante de mi mujer? Lo sabe todo. ¿No es verdad, vida mia?

MARQ. Todo, sí.

MARQUES. Y ¡cosa extraña! desde que lo sabe todo me quiere más ¿no es cierto?

MARQ. Sí, Baron, más, mucho más.

BARON. Lo celebro infinito... (¡Me estoy luciendo como hay Dios!) ¿Pero no vienen ustedes al baile?

MARQ. No: hemos resuelto quedarnos en casa.

BARON. ¿Es posible?

MARQUES. Ya... ves...

BARON. ¡Privarse de un sarao tan magnífico, de un baile que

hará época... no lo entiendo.

MARQUES. Pues nosotros nos entendemos y bailaremos solos. Vaya, adios, que hagas muchas conquistas, y que no te se escapen de la mano.

BARON. (Se burla de mí.) Oh! adios, adios, Marquesa. (Vás por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARQUESA, MARQUÉS.

MARQUES. Ese no vuelve más!

MARQ. Me alegraré infinito... Ay! Enrique de mi alma... qué momentos tan crueles he pasado!

MARQUES. Tempestad de verano que ha refrescado la atmósfera. ¿No respiras mejor?

MARQ. Ah! sí...

MARQUES. Esposa mia!... (Estrecha su mano, y separándose de ella de pronto, tira del llamador y se presenta el Lacayo.) Pero aguarda. Tomás, no estamos para nadie, lo oye usted? para nadie! (El Lacayo se retira. Dirigiéndose al público.)

La tempestad conjurada
nueva dicha nos augura,
mas falta á nuestra ventura...
lo de siempre... ¡una palmada!

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
ZARZUELAS.			
vecchia Zitella	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent	L. y M.
voz pública	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda	L. y M.
r un pañuelo	1	D. José Luis Clot	Libro.
laurel de oro	2	Sres. Granés, Navarro y Taboada	L. y ½ M
criada	2	Sres. Vidal y Navarro y Esther	L. y M.
n Juan Tenorio	3	D. José Zorrilla	
s sobrinos del capitan Grant	3	M. Fdez. Caballero	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *l matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta el zapatero; La voz del corazon; Very Well,* y la mitad de *El laurel de Zúbia;* el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano,* y el de la en es llamada: *Una cancion de amor,* obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sín cuyo requisito no serán servidos.